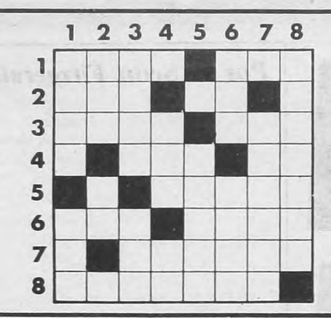
Con censura 35

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Médico obstetra. / Bolsa, saca.
2. Destrozados. / Entrega.
3. Flores muy bellas y olorosas. / Ave palmípeda doméstica.
4. Solitarios. / Habla en público.
5. Relativo a la navegación.
6. Oneroso, de alto precio. / Canción de cuna.
7. Acometen, embisten.
8. Tubo de goma en el interior de una cubierta, pl.

VERTICALES

1. En otro tiempo. / Ladrón, ratero.
2. Terrenos vedados o acotados. / Alga filamentosa comestible.
3. Piedras planas, planchas. / Ramillete.
4. Uno de los siete sabios de Grecia. / Símbolo químico del tantalio.
5. Curar.
6. Batracio anuro de piel viscosa y con verrugas. / Hembra del toro.
7. Embustes, mentiras.
8. Natural de Cataluña.

SOLUCION 34

Letra censurada: La T.
Horizontales: 1) Támesis. 2) Patatús / Pa. 3) Tropillas. 4) Tenaza / La. 5) Set / Car. 6) Tusa / Lucí. 7) Crepita. 8) Tano / Netos.
Verticales: 1) Apresura. 2) Matones. 3) Etapa / Taco. 4) Suiza. 5) Isla / Len. 6) Cupé. 7) Palacio. 8) Gastarías.

Verano/12

SUEÑOS DE VERANO

ULTIMA VEZ DEL MAR

(Por Miguel Briante) Desde esa última mañana en la playa —Balneario El Balcón, Punta Mogotes, exclusivo— lo rondaba la imagen del domador de pajaritos. Pero ahora tenía que cerrar la valija. Lo peor no fue quedarse jadeando cuando al fin pudo correr el cierre sino volver a ver, después de un mes de alivio, de olvido, las eternas montañas nevadas que coronan el redondel de Mendoza. En verdad, estaba viendo nada más que esa calcomanía pegada en la valija: Visite Mendoza, el paisaje, el logotipo del banco. Ese puto logotipo que seguiría esperándolo, allá, ahora, en su escritorio. Hacía unas horas, una chica que dibujaba en la arena le había traído el recuerdo de Susana, cuatro años atrás, antes de ser su secretaria más íntima, boceteando esa calcomanía con el lápiz mordido por esos dientes de cachorra indecisa. Seguro que al llegar, le iba a hablar a Susana —ella entiende de presentimientos— del domador de pajaritos. A los diez días de estar en Mar del Plata, Carmencita, con casi catorce años, le había pedido que la llevara al circo. Ahí, entre todos los números, estaba ese hombre de unos sesenta, tranquilo, ni triste, acomodando las jaulitas. Después los pajaritos de todos los colores hacían pruebas en el aire, se posaban en el hombro del hombre, vestido con una rara levita plateada y negra, volvían solos a sus jaulitas. Lo rondaba la imagen.

Su mujer salió del cuarto de baño. Una matrona de bata corta y dorada, descalza, afirmando lo rotundo de sus amplias caderas ítalocriollas, tan natural contra el parqué del *dto/4 amb/alq/Dño/exc.*, como en el antiguo piso de baldosas calcáreas de la quinta que dejó el papi. Pero, en la totalidad de esa mujer había un desaliño sutil, algo desviado nadaba en su pelo y en el esmalte de las uñas. A su vez, ella vería a un hombre cercano a los cuarenta y cinco, de pelo tordillo y raleado, de pancita ya casi autóctona. Ella caminó para hablar y él escuchó el ruido de las pastillas de dormir saltando en el frasquito encerrado en el bolsillo de la bata dorada; ella pudo haber notado que a ese hombre de bermudas y sandalias de cuero se le estaban poniendo amarillas las uñas de los pies. Ella dijo si no había visto las cajas de alfajores que eran para los de la finca de San Rafael, que estaban al lado de los que eran para los de la finca de San Martín. Después, se fue para el living y enseguida se escuchó su voz, pidiendo a gritos que bajaran la música entreverada que recién advertía: *The Police* en el cuarto de Carmencita, Mercedes Sosa en el de Facundito. Se mezclaba el televisor y ella decía bajen que quiero oír lo de Monzón y después le decía a Facundito que cuidara como oro el autógrafo del Facha Martel. El se quedó mirando un rato, fijo, la calcomanía de *Visite Mendoza*, contra el cuero de la valija.

Dos horas después estaban en el bolichón; por la ventana, en la medianoche larga, se veía cómo iban desarmando el circo. El hombre se había desabrochado el cuello de la camisa; la levita negra y plateada y se perdía en la penumbra.

Porque de pronto, la calcomanía se puso a brillar, a moverse, y fue como en esas películas antiguas: vi la foto en la plaza, cuando recién había conocido a mi mujer, apenas me trasladaron; después vi la foto del día que nos casamos, después las de las comuniones de los chicos, después la del día en que me nombraron subgerente. Ahí lo vi a usted, y por eso vine. Todas las fotos con el mismo fondo de siempre: las montañas nevadas. Después, vi más fotografías. Le voy a contar nada más que la última: estoy en una de las fincas, rodeado por mis nietos, mi mujer, las hermanas antiguas, rodeado por retratos antiguos de próceres del vino. Me visita una delegación de ex empleados, lo recuerdo, y tengo en las manos una tarjeta que Susana (¿se acuerda?, la de la publicidad) me mandó, como todas las navidades, desde París. Por las ventanas se ven las montañas nevadas. ¿Por eso se fue con el circo, señor Fernández?

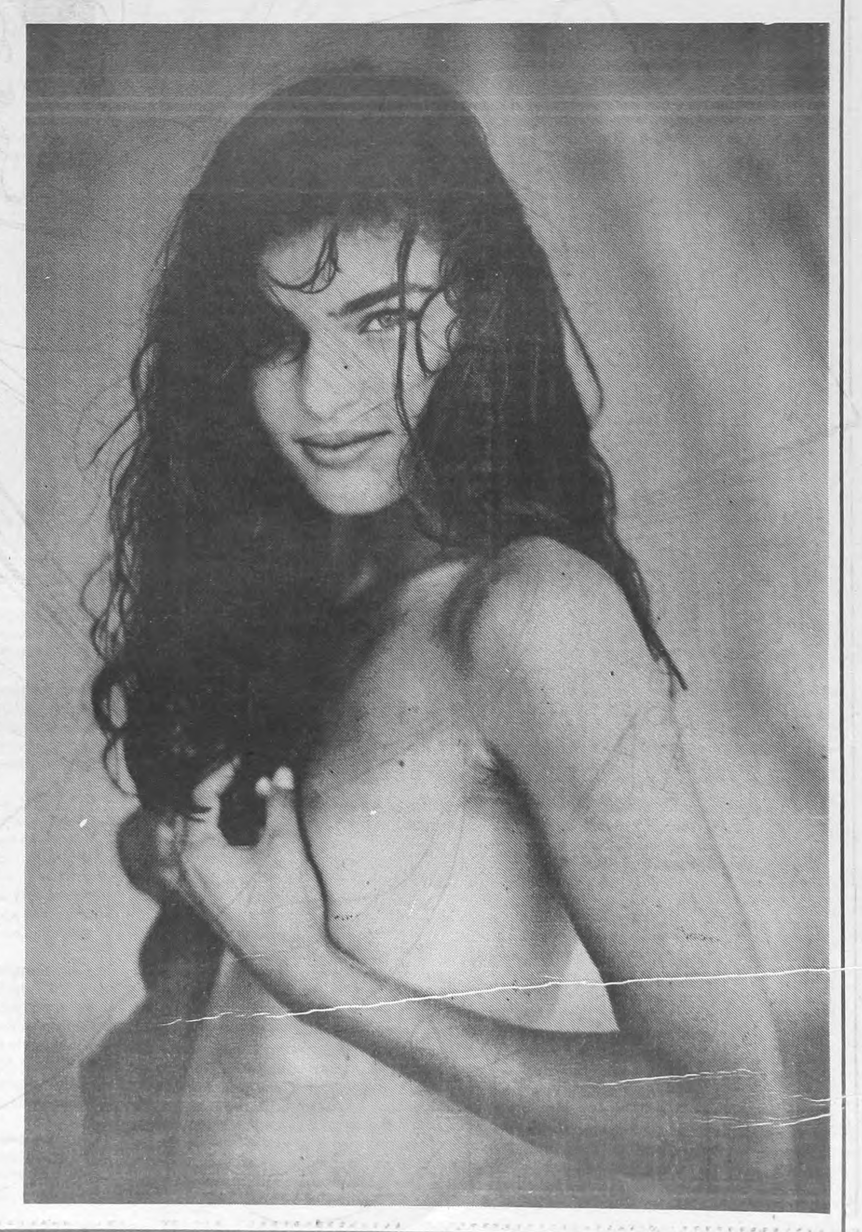
Volvió tarde. Su mujer había encontrado las cajas de alfajores. Tuvo ganas de abrirlas, pero pensó en todos los que tendría que comer: uno para tía Jacinta, otro para la casera, otro para el tío que canta cogollitos en las fiestas. Cuando despertó a su mujer estaba desnudo, con las bermudas en la mano. Ella tardó en despertarse. Le dijo:

—¿Te acordás del gerente?

—De qué gerente —dijo ella. Y él le dijo del gerente del banco, y ella dijo el gerente sos vos, y preguntó por qué lo decía.

El hombre, antes de caminar hacia el circo que se desarmaba, le había dicho que no sabía. Que a él siempre le habían gustado los pajaritos. Metió la cara en las bermudas, olió, olió, y después dijo:

—Por nada —dijo—. Ahora me guardás bien esto, en un nailon. Así, mojado como está. Para siempre, me lo guardás.



UNA VIDA PLENA

Por F. Scott Fitzgerald

I

El 3 de setiembre de 1923, al anochecer, saltó una muchacha del piso 53 de un edificio de oficinas neoyorquino. Llevaba un traje inflable de goma de los que acababan de salir al mercado de novedades con el propósito de divertir —el usuario, se suponía, podía volar encima de las verjas o los cruces de las calles dando un mero salto o impulso—. El traje estaba inflado a tope cuando la chica saltó y como el edificio estaba retranqueado, aterrizó sobre el tejado saliente del piso 50. Quedó magullada y conmocionada, pero no seriamente herida.

En la ambulancia recobró el conocimiento y dijo llamarse Gwendolyn Davies, pero en la sala de urgencias, cuando el médico se dirigió a ella, negó que ése fuera su nombre e insistió en abandonar el hospital una vez realizados los puntos necesarios. Varias llamadas que, sin duda, concernían a esta chica dieron otro nombre. El médico, doctor Wilkinson, dedujo que en la oficina en cuestión se había estado celebrando una pequeña orgía después de las horas de trabajo.

Una semana más tarde, el doctor Wilkinson sacó un libro de la biblioteca pública que hacía un tiempo había tomado prestado allí. Se trataba de una colección de casos misteriosos extraídos de informaciones periodísticas contemporáneas, y la tercera historia, titulada *La chica desaparecida*, narraba lo siguiente:

"En 1915, Delphis, en el Estado de Nueva York, era una vieja ciudad de grandes y deslucidas casas, construidas al fondo de sombríos parques; no se parecía en nada a las ciudades de Long Island o Nueva Jersey, donde incluso el domingo no es más que un desasosegado intervalo entre el estrépito de



Perteneciente junto con William Faulkner y Ernest Hemingway a una generación de narradores estadounidenses que cambiaron la literatura, el autor de *El gran Gatsby* produjo una obra tan escasa como apasionante. Este relato, desconocido en la Argentina, fue escrito en 1937.

UNA VIDA PLENA

Por F. Scott Fitzgerald

I

El 3 de setiembre de 1923, al anochecer, saltó una muchacha del piso 53 de un edificio de oficinas neoyorquino. Llevaba un traje inflable de goma de los que acababan de salir al mercado de novedades con el propósito de divertir —el usuario, se suponía, podía volar encima de las verjas o los cruces de las calles dando un mero salto o impulso—. El traje estaba inflado a tope cuando la chica saltó y como el edificio estaba retranqueado, aterrizó sobre el tejado saliente del piso 50. Quedó magullada y conmocionada, pero no seriamente herida.

En la ambulancia recobró el conocimiento y dijo llamarse Gwendolyn Davies, pero en la sala de urgencias, cuando el médico se dirigió a ella, negó que ése fuera su nombre e insistió en abandonar el hospital una vez realizados los puntos necesarios. Varias llamadas que, sin duda, concernían a esta chica dieron otro nombre. El médico, doctor Wilkinson, dedujo que en la oficina en cuestión se había estado celebrando una pequeña orgía después de las horas de trabajo.

Una semana más tarde, el doctor Wilkinson sacó un libro de la biblioteca pública, que hacía un tiempo había tomado prestado allí. Se trataba de una colección de casos misteriosos extraídos de informaciones periodísticas contemporáneas, y la tercera historia, titulada *La chica desaparecida,* narraba lo siguiente:

"En 1915, Delphis, en el Estado de Nueva York, era una vieja ciudad de grandes y deslucidas casas, construidas al fondo de sombríos parques; no se parecía en nada a las ciudades de Long Island o Nueva Jersey, donde incluso el domingo no es más que un desasosegado intervalo entre el estrépito de los trenes. Durante la guerra hubo un asesinato en Delphis y en 1922 unos bandidos atracaron un garaje. Después no sucedió nada en mucho tiempo, hasta que Gwendolyn Davies salió un día de la casa de su padre y desapareció de la superficie de la tierra."

"Gwendolyn era la hija de un pobre médico y la chica más bonita del lugar. Tenía un rostro valiente y luminoso que obligaba a mirarla, cabello amarillo y unos labios pedigüeños que no pedían en vano. La última persona que vio a Gwen Davies fue el jefe de estación que puso su maleta en el tren. Ella le contó con tono ligero que se marchaba por el bien de la familia, que no quería *dar la campanada;* pero nunca hubo escándalo alguno en torno a su persona. Al llegar a Nueva York debía dirigirse a una pensión recomendada, próxima a su *college,* pero no apareció por allí. Simplemente se disolvió como una sombra en la cálida noche de setiembre."

"Altura, 1,65 metro; peso, 58 kilogramos, rasgos regulares y agradables. Ojo izquierdo ligeramente más grande que el derecho. Vestida con un traje azul y un sombrero rojo con adornos de cuero. Personalidad brillante. Se ruega comunicar cualquier información sobre esta muchacha, cuyos padres están postrados por su desaparición."

"Era una de los miles de muchachas desaparecidas, pero su belleza y el hecho de que su padre era un conocido médico la convirtieron en noticia. Los periódicos decían que existía una *trama;* el púlpito, que había *pecado original,* y los ciudadanos de Delphis murmuraban «ya lo decíamos», insinuando fantasiosas suposiciones sobre alguien que sabía más de lo que él o ella estaba dispuesto a contar. Durante un tiempo, Delphis fue un lugar tan triste como Hamelin después de que llegara y se fuera el flautista. Había muchachos que olvidaban por completo a sus parejas cuando la orquesta tocaba *Babes in the woods* o *Underneath the stars,* convencidos de que habían amado a Gwen y ya no volverían a amar a ninguna chica."

"Al cabo de unos años, un juez de Nueva York se esfumó y el caso de Gwen Davies resurgió en los periódicos durante un día, comentaron que alguien la había visto a ella o a su doble recientemente en un autobús de Nueva York; luego las aguas volvieron a cerrarse sobre ella, para siempre, aparentemente."

El doctor Wilkinson estaba seguro de que se trataba de la misma chica. Por un momento pensó en intentar dar con ella llevando la historia a un periódico, pero era un joven tímido y archivó la idea, como esa pieza de teatro que siempre quería escribir y ese verano que deseaba pasar en la Riviera.

Pero nunca olvidó, siempre le perseguía la imagen de la chica flotando sobre el atardecer urbano, impulsada por un aire delicioso, por una quintaesencia de doradas esperanzas, como un valor en alza e inestable de la Bolsa. Ella era la chica que una parte de él buscaba constantemente en cafés y fiestas y teatros, cuando su mujer, tan práctica, le preguntaba: "¿Qué miras, Harvey? ¿Es alguien conocido?". El no explicaba nada.

Perteneciente junto con William Faulkner y Ernest Hemingway a una generación de narradores estadounidenses que cambiaron la literatura, el autor de *El gran Gatsby* produjo una obra tan escasa como apasionante. Este relato, desconocido en la Argentina, fue escrito en 1937.

II

Cinco años más tarde apareció la siguiente historia en los periódicos de Nueva York:

"Esta tarde a las cuatro la condesa de Frejus se tiró al mar desde una cubierta del transatlántico *Stacia,* a una jornada de viaje de Nueva York. Fue rescatada después de que el barco diera la vuelta y se la buscara durante dos horas, afortunadamente con mar tranquila. La condesa es americana y estuvo casada con Cornelius B. Hasbrouk, del que se divorció en Reno el pasado año para casarse en París con René, conde de Frejus. La condesa no explicó lo sucedido, pero dijo a un oficial de la lancha que la salvó que su principal preocupación en el agua había sido espantar a los grandes pájaros que intentaban posarse en su cabeza y sacarle los ojos. Los pasajeros con los que había estado hablando no recibieron ningún aviso de su súbita decisión, ni explicación alguna."

Ninguna foto de la condesa de Frejus acompañaba la nota y cuando el doctor Wilkinson fue a la hemeroteca descubrió que tampoco existían fotos de la señora de Cornelius B. Hasbrouk, excepto una en la que aparecía tapándose la cara con el brazo. Sin embargo, había muchos artículos sobre el primer matrimonio de la señora de Hasbrouk y en uno de ellos se mencionaba una cicatriz que llevaba en la frente, cicatriz que correspondía a la sutura que hiciera el mismo doctor Wilkinson en su día.

Los citados artículos habían sido redactados dos años antes. El primer matrimonio de la señora Hasbrouk había empezado de manera tormentosa. El novio, un estudiante de Harvard, tenía 20 años y acababa de heredar una fortuna de 20 millones de dólares de su padre, un fabricante de pólvora. La novia era una jovencita sin contexto social, ni siquiera el de la escena. El artículo continuaba diciendo que cuando el señor Hasbrouk fue localizado al día siguiente en la barbería tuvo que ser confrontado con su foto en el periódico antes de que comprendiera que estaba casado.

La nueva señora de Hasbrouk era la cruz de los reporteros gráficos, pero los periodistas la trataban bien. La describían como bella, discreta, bien educada y encantadora. Se tenía la vaga noción de que procedía del Sur, del Norte o del Oeste, aunque un periódico proclamó Nueva York como su lugar de nacimiento. Crípticamente ella dijo que se había casado con el joven magnate de la industria de municiones porque "siempre le había pertenecido", pero que renunciaría a él, si él así lo prefería. A la espera de una anulación de matrimonio, la pareja partió a un crucero por los mares del Sur.

El doctor Wilkinson se sintió muy aliviado de que este matrimonio no durase y de que la siguiente unión entre ella y un miembro de la nobleza francesa la hubiera conducido a tirarse al Atlántico. Tenía la sensación de conocerla, en la medida en que se conoce a un compositor o a un escritor al que nunca se ha visto; la conocía, a pesar de que ella sólo había escrito sobre aire, y una misteriosa fuerza le obligaba a seguir su carrera con admiración y curiosidad. Tomó, pues, algunas notas de los periódicos archivados y se dispuso a esperar que ella volviera a ser noticia.



Una tarde de junio de 1937, a las dos, el doctor Wilkinson, ya algo gordo y calvo, aparcó su coche en las proximidades de un circo que se había instalado en las costas de Long Island. La función no empezaba hasta las tres, pero había ciertas atracciones preliminares y una de ellas le había atraído hasta allí. Un poco apartado de la carpa principal se extendía un cartel blanco en el que ponía: "*La bomba humana.* A las dos y media de esta tarde, la condesa de Frejus será disparada de este cañón". Un grupo de intelectuales inspeccionaba ya la enorme pieza de artillería, pero el doctor Wilkinson se colocó junto a la red que recibiría a la bala viviente al final de su trayectoria.

Al cabo de unos minutos, un grupito se acercó al cañón y el corazón del doctor se puso a hacer *put-put* como una barca motora. Allí, a unos metros de distancia, vestida de aviador, estaba la muchacha cuya vida había seguido a través de los titulares. Era el momento estelar de una vida anodina y fracasada; sintió una gran excitación, casi reverencia, ante el gran momento.

Se oyó de pronto un retumbar profundo y una bocanada de humo blanco salió del cañón. En el mismo instante el cuerpo de la condesa de Frejus, nacida Gwendolyn Davies, se arqueó grácilmente en el aire, describió una perfecta parábola y cayó liviano en la red junto a la que él se encontraba. Inmediatamente ella saltó fuera de la red y el doctor se acercó:

"Buenas tardes", dijo, y se presentó como el médico que una vez la atendió.

"Así que fue usted", dijo ella cortésmente. "Me temo que debí parecerle grosera marchándome del hospital tan de prisa".

"La comprendo", aseguró él. "Además, estoy muy interesado por su carrera".

"No será usted periodista".

"No, desde luego. Mi interés es personal. Quería hacerle algunas preguntas".

Su bello rostro se ensombreció.

"Odio las preguntas", dijo.

"Pero he esperado tanto tiempo. Por favor, condesa. Sólo quisiera que me explicara ciertas frases que usted ha dicho aquí y allá. Por ejemplo, cuando usted huyó de Delphis dijo que no deseaba *dar la campanada,* y cuando se casó usted dijo que «siempre había pertenecido al señor Hasbrouk». Sin embargo, nunca explicó por qué se tiró por la ventana o por qué saltó al mar. ¿No podría darme alguna pequeña clave, para mi propia satisfacción?"

Ella le miró atentamente.

"¿Y si no quiero dársela?"

El tenía una carta en la manga.

"Entonces, condesa, me veré forzado a avisar a la policía de Delphis y recibiré la recompensa ofrecida por una pista que conduzca hasta usted. Aunque yo le profeso gran admiración, puede haber gente que opine de otra manera. Sería un saludable ejemplo para otros huidizos en potencia, ver que usted ha terminado haciendo de bomba artificial".

Ella rió brevemente.

"No soy una bomba artificial", dijo. "Usted es el burlado, yo estoy tan llena de dinamita que siempre pensé que algún día estallaría".

Y, nada más salir estas palabras de sus labios, la condesa estalló con un tremendo ¡Bum! que se oyó hasta en Nueva York.

Aparecieron titulares en todos los periódicos. El doctor Wilkinson, desafortunadamente, fue aniquilado por la deflagración y no pudo verlos. Y así, otra chica con *glamour* pasó a la historia.

los trenes. Durante la guerra hubo un asesinato en Delphis y en 1922 unos bandidos atracaron un garaje. Después no sucedió nada en mucho tiempo, hasta que Gwendolyn Davies salió un día de la casa de su padre y desapareció de la superficie de la tierra."

"Gwendolyn era la hija de un pobre médico y la chica más bonita del lugar. Tenía un rostro valiente y luminoso que obligaba a mirarla, cabello amarillo y unos labios pedigüeños que no pedían en vano. La última persona que vio a Gwen Davies fue el jefe de estación que puso su maleta en el tren. Ella le contó con tono ligero que se marchaba por el bien de la familia, que no quería *dar la campanada;* pero nunca hubo escándalo alguno en torno a su persona. Al llegar a Nueva York debía dirigirse a una pensión recomendada, próxima a su *college,* pero no apareció por allí. Simplemente se disolvió como una sombra en la cálida noche de setiembre."

"Altura, 1,65 metro; peso, 58 kilogramos, rasgos regulares y agradables. Ojo izquierdo ligeramente más grande que el derecho. Vestida con un traje azul y un sombrero rojo con adornos de cuero. Personalidad brillante. Se ruega comunicar cualquier información sobre esta muchacha, cuyos padres están postrados por su desaparición."

"Era una de los miles de muchachas desaparecidas, pero su belleza y el hecho de que su padre era un conocido médico la convirtieron en noticia. Los periódicos decían que existía una *trama;* el púlpito, que había *pecado original,* y los ciudadanos de Delphis murmuraban «ya lo decíamos», insinuando fantasiosas suposiciones sobre alguien que sabía más de lo que él o ella estaba dispuesto a contar. Durante un tiempo, Delphis fue un lugar tan triste como Hamelin después de que llegara y se fuera el flautista. Había muchachos que olvidaban por completo a sus parejas cuando la orquesta tocaba *Babes in the woods* o *Underneath the stars,* convencidos de que habían amado a Gwen y ya no volverían a amar a ninguna chica."

"Al cabo de unos años, un juez de Nueva York se esfumó y el caso de Gwen Davies resurgió en los periódicos durante un día, comentaron que alguien la había visto a ella o a su doble recientemente en un autobús de Nueva York; luego las aguas volvieron a cerrarse sobre ella, para siempre, aparentemente."

El doctor Wilkinson estaba seguro de que se trataba de la misma chica. Por un momento pensó en intentar dar con ella llevando la historia a un periódico, pero era un joven tímido y archivó la idea, como esa pieza de teatro que siempre quería escribir y ese verano que deseaba pasar en la Riviera.

Pero nunca olvidó, siempre le perseguía la imagen de la chica flotando sobre el atardecer urbano, impulsada por un aire delicioso, por una quintaesencia de doradas esperanzas, como un valor en alza e inestable de la Bolsa. Ella era la chica que una parte de él buscaba constantemente en cafés y fiestas y teatros, cuando su mujer, tan práctica, le preguntaba: "¿Qué miras, Harvey? ¿Es alguien conocido?". El no explicaba nada.

II

Cinco años más tarde apareció la siguiente historia en los periódicos de Nueva York:

"Esta tarde a las cuatro la condesa de Frejus se tiró al mar desde una cubierta del transatlántico *Stacia,* a una jornada de viaje de Nueva York. Fue rescatada después de que el barco diera la vuelta y se la buscara durante dos horas, afortunadamente con mar tranquila. La condesa es americana y estuvo casada con Cornelius B. Hasbrouk, del que se divorció en Reno el pasado año para casarse en París con René, conde de Frejus. La condesa no explicó lo sucedido, pero dijo a un oficial de la lancha que la salvó que su principal preocupación en el agua había sido espantar a los grandes pájaros que intentaban posarse en su cabeza y sacarle los ojos. Los pasajeros con los que había estado hablando no recibieron ningún aviso de su súbita decisión, ni explicación alguna."

Ninguna foto de la condesa de Frejus acompañaba la nota y cuando el doctor Wilkinson fue a la hemeroteca descubrió que tampoco existían fotos de la señora de Cornelius B. Hasbrouk, excepto una en la que aparecía tapándose la cara con el brazo. Sin embargo, había muchos artículos sobre el primer matrimonio de la señora de Hasbrouk y en uno de ellos se mencionaba una cicatriz que llevaba en la frente, cicatriz que correspondía a la sutura que hiciera el mismo doctor Wilkinson en su día.

Los citados artículos habían sido redactados dos años antes. El primer matrimonio de la señora Hasbrouk había empezado de manera tormentosa. El novio, un estudiante de Harvard, tenía 20 años y acababa de heredar una fortuna de 20 millones de dólares de su padre, un fabricante de pólvora. La novia era una jovencita sin contexto social, ni siquiera el de la escena. El artículo continuaba diciendo que cuando el señor Hasbrouk fue localizado al día siguiente en la barbería tuvo que ser confrontado con su foto en el periódico antes de que comprendiera que estaba casado.

La nueva señora de Hasbrouk era la cruz de los reporteros gráficos, pero los periodistas la trataban bien. La describían como bella, discreta, bien educada y encantadora. Se tenía la vaga noción de que procedía del Sur, del Norte o del Oeste, aunque un periódico proclamó Nueva York como su lugar de nacimiento. Crípticamente ella dijo que se había casado con el joven magnate de la industria de municiones porque "siempre le había pertenecido", pero que renunciaría a él, si él así lo prefería. A la espera de una anulación de matrimonio, la pareja partió a un crucero por los mares del Sur.

El doctor Wilkinson se sintió muy aliviado de que este matrimonio no durase y de que la siguiente unión entre ella y un miembro de la nobleza francesa la hubiera conducido a tirarse al Atlántico. Tenía la sensación de conocerla, en la medida en que se conoce a un compositor o a un escritor al que nunca se ha visto; la conocía, a pesar de que ella sólo había escrito sobre aire, y una misteriosa fuerza le obligaba a seguir su carrera con admiración y curiosidad. Tomó, pues, algunas notas de los periódicos archivados y se dispuso a esperar que ella volviera a ser noticia.



III

Una tarde de junio de 1937, a las dos, el doctor Wilkinson, ya algo gordo y calvo, aparcó su coche en las proximidades de un circo que se había instalado en las costas de Long Island. La función no empezaba hasta las tres, pero había ciertas atracciones preliminares y una de ellas le había atraído hasta allí. Un poco apartado de la carpa principal se extendía un cartel blanco en el que ponía: *"La bomba humana.* A las dos y media de esta tarde, la condesa de Frejus será disparada de este cañón". Un grupo de intelectuales inspeccionaba ya la enorme pieza de artillería, pero el doctor Wilkinson se colocó junto a la red que recibiría a la bala viviente al final de su trayectoria.

Al cabo de unos minutos, un grupito se acercó al cañón y el corazón del doctor se puso a hacer *put-put* como una barca motora. Allí, a unos metros de distancia, vestida de aviador, estaba la muchacha cuya vida había seguido a través de los titulares. Era el momento estelar de una vida anodina y fracasada; sintió una gran excitación, casi reverencia, ante el gran momento.

Se oyó de pronto un retumbar profundo y una bocanada de humo blanco salió del cañón. En el mismo instante el cuerpo de la condesa de Frejus, nacida Gwendolyn Davies, se arqueó grácilmente en el aire, describió una perfecta parábola y cayó liviano en la red junto a la que él se encontraba. Inmediatamente ella saltó fuera de la red y el doctor se acercó:

"Buenas tardes", dijo, y se presentó como el médico que una vez la atendió.

"Así que fue usted", dijo ella cortésmente. "Me temo que debí parecerle grosera marchándome del hospital tan de prisa".

"La comprendo", aseguró él. "Además, estoy muy interesado por su carrera".

"No será usted periodista".

"No, desde luego. Mi interés es personal. Quería hacerle algunas preguntas".

Su bello rostro se ensombreció.

"Odio las preguntas", dijo.

"Pero he esperado tanto tiempo. Por favor, condesa. Sólo quisiera que me explicara ciertas frases que usted ha dicho aquí y allá. Por ejemplo, cuando usted huyó de Delphis dijo que no deseaba *dar la campanada,* y cuando se casó usted dijo que «siempre había pertenecido al señor Hasbrouk». Sin embargo, nunca explicó por qué se tiró por la ventana o por qué saltó al mar. ¿No podría darme alguna pequeña clave, para mi propia satisfacción?"

Ella le miró atentamente.

"¿Y si no quiero dársela?"

El tenía una carta en la manga.

"Entonces, condesa, me veré forzado a avisar a la policía de Delphis y recibiré la recompensa ofrecida por una pista que conduzca hasta usted. Aunque yo le profeso gran admiración, puede haber gente que opine de otra manera. Sería un saludable ejemplo para otros huidizos en potencia, ver que usted ha terminado haciendo de bomba artificial".

Ella rió brevemente.

"No soy una bomba artificial", dijo. "Usted es el burlado, yo estoy tan llena de dinamita que siempre pensé que algún día estallaría".

Y, nada más salir estas palabras de sus labios, la condesa estalló con un tremendo ¡Bum! que se oyó hasta en Nueva York.

Aparecieron titulares en todos los periódicos. El doctor Wilkinson, desafortunadamente, fue aniquilado por la deflagración y no pudo verlos. Y así, otra chica con *glamour* pasó a la historia.

FONTANARROSA Y LA PAREJA







pero debo llegar a la dolorosa conclusión, querida, que pasado ese corto lapso del deslumbramiento inicial, yo me voy enfriando. Rápidamente pierdo el entusiasmo. ¿Sabés, Susy? Se va produciendo un distanciamiento, Susana
No sé si me comprende señorita Rodríguez

Ediciones de la Flor

JUEGOS

35 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primer palabra resultan "transformadas". Como ayuda le damos tres letras ya colocadas.

1					
2	C				
3					
4					
5					
6		R			
7	S				
8					
9					

DEFINICIONES

1. Tardo y pausado.
2. Ciudad de Italia a orillas del Reno.
3. Cesta grande.
4. En el basquet, aro para introducir la pelota.
5. Raza, linaje.
6. Naipe de la baraja.
7. Cosas atravesadas en un hilo.
8. Enfermedad contagiosa.
9. Tono irónico o mordaz.

35 "LA SOPA DEL 7"

J	P	I	E	L	A	F	E	R	V
A	O	N	C	P	C	U	R	C	O
Y	H	L	M	A	Q	E	L	R	A
E	L	O	U	N	P	O	Ñ	O	M
G	R	L	U	B	C	A	T	G	I
T	O	Y	E	A	O	N	I	R	M
U	I	B	R	F	I	L	M	R	A
R	D	A	I	R	E	R	P	G	P
O	C	T	E	R	M	I	A	L	O
I	R	B	L	A	T	V	N	A	I
Z	A	F	I	G	E	S	O	C	N
L	D	G	B	S	I	L	E	L	D
U	R	A	Ñ	O	D	U	T	F	A

Encuentre los nombres de 7 partes del ojo que pueden estar escritos en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

35 NUMERO OCULTO

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
7	9	3	0	1	0
6	8	9	1	1	0
4	3	5	7	0	2
1	4	7	8	1	0

				B	R
				4	0
8	7	0	1	1	1
3	8	2	9	1	1
6	5	1	7	1	0
7	6	1	5	1	0

SOLUCIONES

34

"TRANSFORMACION"

LAPIZ
TAPIZ
TAPIA
TALIA
TALLA
TALLO
RALLO
ROLLO
POLLO

"LA SOPA DEL 7"



O	S	H	P	R	V	E	T	O	L
T	U	A	M	O	R	O	M	U	H
D	L	Z	I	W	A	S	P	A	Ñ
N	A	Y	C	L	R	E	N	O	E
S	O	L	I	N	G	I	L	N	X
K	D	P	O	R	T	O	P	I	O
A	U	L	P	E	I	E	T	L	R
P	I	X	R	A	S	S	R	A	I
S	E	F	I	T	O	S	E	T	L
G	O	D	A	P	R	A	P	S	O
U	M	Ñ	P	I	F	O	L	I	C
T	A	E	O	L	H	V	E	R	M
E	R	S	Q	U	E	A	O	C	A

"NUMERO OCULTO"

1. 2741
2. 8129